

Nuevas tecnologías reproductivas y enigmas del padre

*Marta Gerez Ambertín**

Resumen

El saber científico no puede despejar el enigma de la paternidad, el cual, al contrario, se complejiza ante el avance indiscutible de nuevas formas de procreación. Los enigmas en torno al padre siguen vigentes, y no son despejables por los nuevos saberes de las tecnociencias, aunque pueda rastrearse el ácido desoxirribonucleico (ADN), del lado del nombre, del lado nominante ha de permanecer una incógnita.

Palabras clave: nuevas tecnologías reproductivas, función del padre, nombre-del-padre, subjetividad, filiación y genealogía.

Abstract

Scientific Knowledge has failed to elucidate the enigma of paternity, which –on the other hand– is rendered more complex with the unquestionable advent of new forms of procreation. The enigmas surrounding the father are still valid and the newly-acquired technoscientific knowledge has shed very little light on the matter. Thus, although DNA can be traced, the side of the name –the naming side– will remain obscure.

Keywords: new reproductive technologies, the father's role, name-of-the-father, subjectivity, filiation and genealogy.

* Doctora en Psicología. Universidad Nacional de Tucumán (UNT), Argentina. Dirección electrónica: diotima@rcc.com.ar

Introducción: paternidad y tecnociencia

Los enigmas en torno a la paternidad siguen vigentes a pesar de los tiempos de la ciencia. Con este trabajo pretendo demostrar que los interrogantes en torno a la función del padre no pueden ser despejados por los nuevos saberes de la tecnociencia que prometen certezas. Pese a que se puede rastrear el ácido desoxirribonucleico (ADN), del lado del nombre, del lado nominante ha de permanecer una incógnita no totalmente despejable: ¿qué de aquel cuyo lugar posibilita el soporte de filiación y genealogía en tanto encadena al sujeto a una historia que lo inscribe en la serie generacional? El saber científico no puede esclarecer el enigma sobre la paternidad, el cual, al contrario, se complejiza ante el avance indiscutible, por otra parte, de nuevas formas de procreación y de lazos parentales.

La verdad sobre la paternidad en Freud se afirmaba desde el adagio *“pater semper incertus est”*, la madre, en cambio, es *“certissima”*. Corresponde interrogar por qué el padre en psicoanálisis no puede ser abarcado por ninguna operación de constatación definitiva –más allá de toda prueba, el ADN aún no resuelve el interrogante en torno al padre. La función paterna, en tanto artificio de filiación, es enigmática, una incógnita imposible de despejar totalmente... siempre habrá, en torno al padre, un no-todo significable y descifrable.

Las nuevas tecnologías reproductivas hacen posible la procreación “artificial” y el alumbramiento de un hijo. Basta la reunión de un gameto femenino y un gameto masculino, para engendrarlo, pero el padre ¿puede acaso reducirse a un gameto masculino? Sabemos que no. El lugar del padre no puede dejar de ser incierto para tornarse *certísimo* gracias a la prueba de ADN, porque la cuestión del *nombre* no pierde su valor simbólico, más allá de lo que intente demostrar la soberana ciencia.

Ya en 1957 Lacan complejiza la inadecuación entre el *genitor* y la *función del padre*. Refiere una noticia que le llega de América. “Tras la muerte de su marido, una mujer, comprometida con él por el pacto de un amor eterno, se hace hacer un hijo suyo cada diez meses” (Lacan, 1956-1957:377). Relata que en tal caso la inseminación artificial fue posible porque la previsoramente mujer, ya durante la enferme-

dad del marido, hizo almacenar una cantidad suficiente de semen para prodigarse a gusto.

Lacan considera que esto no despeja sino que pone una vez más sobre la mesa el enigma de la paternidad. Y es que en este caso algo se recorta del padre real, pero también –y es lo más importante–, se corta la palabra del padre, la palabra del ancestro que tiene que inscribirse en el niño y tiene, además, que instituirlo como sujeto en el mundo simbólico. Si la institución de la vida social y jurídica va más allá de lo biológico, ¿cómo plantear entonces la cuestión del padre? Lacan se encamina para responder esta pregunta tras la afirmación de Goethe: “la paternidad es una cuestión de confianza...”. Diríamos, una cuestión de creencia y de confianza. Porque si “en la experiencia analítica el padre no es más que referencial” (Lacan, 1971) es porque “la sanción” de la función del padre remite a lo simbólico. Y aquí se utiliza sanción como el acto que otorga fuerza de ley a la función instituyente del padre. Si este último es un referencial en torno a una creencia ¿cómo confundir entonces al semen, al espermatozoide, al gameto masculino con el padre? Padre es el que dona la vida en tanto legislada y en ese acto de donación se desliza siempre un deseo y un enigma.

Un texto de Pedro Lipcovich (2004) relata mejor que nada esto que venimos diciendo y que, además, hoy escuchamos con frecuencia relatado por nuestros pacientes:

Tenemos, por ejemplo, siete años. Papá ha ido esta tarde a buscar el análisis de paternidad por ADN. El resultado fue que “no tiene relación biológica” con nosotros. Papá llega a casa, abre la puerta. Nos mira [...]. Su mirada baja hacia nosotros. Todavía no sabemos qué hará, pero debemos saber que ningún análisis de ADN lo eximirá de su responsabilidad ante nuestro llanto.

Y es que así se anuda la paternidad: ninguna prueba exige la responsabilidad del padre ante el sufrimiento de esos hijos sobre los cuales ha inscripto su paternidad y su deseo, ni exige a esos hijos de interrogar por la confianza y la creencia otorgada a la palabra de ese padre. Como dice el autor de la nota,

la pregunta por *quién es el padre del hijo*, como otras, no se contesta en sí misma, ya que expresa una pregunta por el propio ser: señala el punto en que cada ser humano depende de una verdad que sólo puede darle otro ser humano que a su vez, aunque quiera, no puede garantizarle una certeza. Esta vulnerabilidad extrema está en la raíz de la condición humana y ningún dictamen de laboratorio podría suprimirla.

Hay, sin duda, en la función del padre, una gran vulnerabilidad, la misma que ronda a la humanidad y al deseo que nos habita, pero no por vulnerables los abandonamos en el camino a pesar de las certezas que ofrece la tecnociencia. El lugar del padre no se arma en un laboratorio, se construye en un acto de creación y, como toda creación simbólica, el artificio de la paternidad genera enigmas. Sobre dichos enigmas vamos a centrarnos a continuación.

La función del padre y sus enigmas

Decíamos antes que la función y el lugar del padre no se arma en ningún laboratorio sino que se construye a partir de la palabra que surge como acto de creación que tiene fuerza de ley. Tal es el lugar que Lacan otorga a dicha función cuando afirma:

Si el complejo de Edipo tiene sentido es precisamente porque plantea como fundamento de nuestra instalación entre lo real y lo simbólico, así como de nuestro progreso, la existencia de aquel que tiene la palabra, de aquel que puede hablar, del padre. Por decirlo todo, lo concreta en una función que en sí misma es problemática. La pregunta *¿qué es el padre?* está planteada en el centro de la experiencia analítica como eternamente irresuelta, al menos para nosotros, analistas (Lacan, 1956-1957:374).

Desde luego que es una función problemática y si la pregunta *¿qué es el padre?* es irresoluble, es porque ese enigma es crucial para el psicoanálisis, hace al fundamento de la teoría y la clínica psicoanalítica en tanto los desarrollos de Freud y Lacan se edifican sobre tal pre-

gunta. A continuación damos los fundamentos sobre esto para retornar luego a la cuestión de la tecnociencia.

Freud abrió las vías para interrogar sobre el lugar del padre en psicoanálisis desde el mito moderno de *Tótem y tabú* (1913), aunque es casi en las postrimerías de su obra –*Moisés y la religión monoteísta*– de 1938, donde responde que el padre es un artificio, una creación, una abstracción, un “progreso en la espiritualidad”, pues su función estriba en la instauración de la ley que regula el acceso a lo permitido y lo infranqueable de lo prohibido. Lacan, que continúa la vía abierta por Freud sobre el enigma del padre, también ubica a éste como un artificio: el *Nombre del padre* es una construcción, algo que fundamentalmente surge como un efecto *mediato*, nunca *inmediato*.

Freud –que no llegó a conocer las pruebas de ADN ni las tecnologías reproductivas actuales– podía afirmar: “pater semper incertus est”, la madre, en cambio, es “certísimas”. Corresponde interrogar por qué el padre en psicoanálisis aún hoy continúa “incertus” y no puede ser abarcado por ninguna operación de constatación definitiva de filiación biológica. El padre, en tanto *artificio* de filiación, continúa siendo enigmático y problemático.

Este complejo lugar del padre en Lacan se complementa con las puntualizaciones freudianas, pues ubica a la madre como *Otro primordial* e innombrable, justamente, opuesto al del padre –que surge en torno *al artificio de la palabra*, se estructura en tanto nombre (Nombre-del-Padre) y en tanto nombrante–. Un nombrante que, paradójicamente, “no tiene nombre... propio” porque lo fundamental de su creación implica que la incógnita que acompaña a su función nunca podrá ser definitivamente despejada... y eso es lo que hace que dios y el padre sean... *inconscientes*. Ruptura fundamental aquí entre el psicoanálisis y las religiones.

Una vía regia para trabajar esto en la obra de Freud se abre en *Proyecto de psicología para neurólogos* a partir del siguiente enunciado “[...] entendimiento (*verständigung*; o ‘comunicación’) y el inicial desvalimiento del ser humano es la *fente primordial* de todos los *motivos morales*” (1895:363). La conjunción de lenguaje –que sostiene la función del padre– y el desvalimiento –que hace posible la vigencia del Otro primordial– abren las pistas al decurso del complejo

edípico: lo inconmensurable de *das-Ding* y lo conmensurable de la función del padre que contornea y pone límites (desde su ley de la palabra) al circuito articulable del deseo que deja como *in-satisfecho* el acceso al cuerpo mortífero –y no por ello menos anhelado– de la madre. Es así como el Edipo, en su estructura, es la fuente de todos los *motivos morales* o, más bien, específicamente *éticos*, por las paradojas que la codicia de *la-Cosa* y su bien, confrontados a la ley del padre, despiertan en la subjetividad.

Sin embargo, hasta aquí, y en el trayecto de nuestros enigmas sobre la cuestión del padre en psicoanálisis, encontramos algunas respuestas: el padre como creación y artificio se *crea* en torno a lo *nombrante* que surge del lenguaje y la palabra; así, esta función, que se erige alrededor de un significante, es un referente y un ordenador fundamental que permite construir el lugar del sujeto en la cadena generacional. Función del padre: ordenadora que coloca la numeración posible en la serie generacional. Jorge Luis Borges explicita mejor mi desarrollo en su poema “Junín”:

Soy, pero también el otro, el muerto,
el otro de mi sangre y de mi nombre [...]

Con dos pinceladas metafóricas Borges delinea el trazo del padre: es un donador a quien se le adeuda *filiación y genealogía*: uno no nace de sí mismo, el cachorro humano no se hace él mismo, tampoco es sólo el fruto del vientre materno, nace de un Otro, el que otorga sangre y nombre. Se puede testear la sangre, puede incluso plantearse una escisión entre sangre y nombre, pero la cuestión del padre ha de girar fundamentalmente en torno al nombre.

Un psicoanalista, maestro y amigo, cordobés de nacimiento y radicado en México, el doctor Néstor Braunstein, dirá:

Deuda genealógica. Existir en la sociedad es estar inscrito en ella en relación con el nombre de los antepasados. Lo habitual en nuestras culturas es recibir el nombre del padre. Occidente vive en la tradición emanada del derecho romano. La existencia es humana en tanto que enganchada y colgada de algún árbol genealógico. Recibir un nombre

establece desde el principio el deber de portarlo. Se debe y es deuda, *Schuld*, los traductores de Freud pondrían *guilt*, *culpa*. La vida, perdón por la obviada, depende del símbolo y los romanos ya establecían que había un doble nacimiento, físico, de la madre, y político, del padre. *Ex padre natus*. Sobra aclarar que el nacimiento físico es también un efecto de la Ley que preside las alianzas. Nada, nadie, nace sin la palabra que lo nombra (Braunstein, 2001:42-43).

Llegamos así, en este viaje, en pos de los enigmas del lugar del padre en psicoanálisis a otra estación de arribo, misma que no sólo permite responder que el padre es artificio, sino también agregar: artificio ordenador y referente de genealogía y filiación, aunque la incógnita de su función no se agota sino que se mantiene y se sostiene. Así, dirá Lacan (1974:113): “[...] el padre tiene tantos (nombres) que no hay Uno que le convenga, si no el Nombre de Nombre de Nombre. No de nombre que sea su Nombre-Propio, sino el Nombre como ex-sistencia”. Nuevamente Borges viene en nuestro auxilio, su escritura allana el camino de formulaciones que, desde el psicoanálisis, pueden parecer meras abstrusidades. En el poema *Al hijo* dirá:

No soy yo quien te engendra. Son los muertos.
 Son mi padre, su padre y sus mayores;
 Son los que en un largo dédalo de amores
 Trazaron desde Adán y los desiertos
 De Caín y de Abel, en una aurora [...]
 [...] Siento su multitud. Somos nosotros
 y entre nosotros tú, y los venideros...

La función del padre y el efecto sujeto

Es preciso, ahora, hacer un alto para sacar réditos de nuestro avance en torno al enigma del padre. Hasta aquí hemos destacado al padre en psicoanálisis como un lugar (el de un significante) y una función (lógica). Mantuvimos especial cuidado en no entramparnos con las formulaciones antropológicas o psicológicas, ya que en psicoanálisis

no se trata del padre como persona, personaje o sujeto, ni de las posibles formas en que se ejerce el rol de padre y se sostiene su situación: *el padre no es una persona ni un sujeto ni un rol, sino únicamente un significante* que opera como referente, ancla, esto es, punto de capitón que permite detener el movimiento errático del efecto sujeto. La función paterna, como Nombre-del-Padre, posibilita una función de anclaje; de no ser por tal función el efecto sujeto sería el de una deriva constante –en tanto el sujeto es vacío y se define por un significante que lo representa para otro significante– lo que aparece como un observable clínico en la *dispersión subjetiva*, frecuente en psicosis, y también, altamente frecuente en neurosis cuando trastabilla la función de anclaje del padre.

Lacan puntualizará que la falla de la función del Nombre-del-Padre no puede vincularse a la simple carencia paterna referida a la persona del padre, “[...] el padre tonante, el padre bonachón, el padre todopoderoso, el padre humillado, el padre engolado, el padre irrisorio, el padre casero, el padre de picos pardos...” (Lacan, 1958:559). En todo caso la falla de su función, ya sea por su eventual desfallecimiento en neurosis o su forclusión en psicosis, ha de vincularse siempre al significante “ser padre” en lo que refiere al Nombre-del-Padre. Es en el Seminario III donde encuentra una metáfora muy clara sobre ese significante, el de *la carretera principal*: “La carretera principal es así un ejemplo [...] de la función del significante en tanto que polariza, aferra, agrupa en un haz a las significaciones...” (Lacan, 1955-1956:416). Esto nos permite afirmar que, en suma, el significante Nombre-del-Padre es polarizante, sin él, sin el efecto de su abrochamiento en la cadena significativa, el sujeto queda errabundo.

Tal significante funciona como carretera principal, ya que en torno a él se ordenan los múltiples caminitos por donde circula la dispersión imaginaria y el efecto de lo real del goce del sujeto. Pero no se trata de un ordenamiento que emana de una orden –trabajé esta cuestión con más precisión en mi libro *Las voces del superyó*–, sino de un ordenamiento que emana de una legalidad, misma que deriva de la función que cumple la ley de la palabra que vehiculiza el padre: ley de prohibición de incesto y parricidio. Tal es la fuerza de ley de la

sanción del padre. Así, en torno al padre en psicoanálisis, no se trata de carencia o exceso de padre, de carencia o exceso de papá, se trata de la función que el significante Nombre-del-Padre inscribe para poner límites al goce que embarga a la madre y al hijo.

Lacan, al trabajar el artificio del padre, dice que por tal se entiende de un significante sustituido a otro significante. ¿Qué quiere decir esto? Para significatizarlo basta con leer la fórmula de la metáfora paterna –especificada en “De una cuestión preliminar...” y en el Seminario v– para entender que el significante sin respuesta posible del deseo de la madre –pura incógnita– es sustituido por el del Nombre-del-Padre. Esa metáfora produce un extra de significación, una respuesta –si bien una respuesta no única sino pluralizable e inagotable–, en suma, una respuesta posible a la falta del Otro por las múltiples coartadas que propone el falo imaginario (-φ):

$$\begin{array}{ccc}
 \text{Nombre del Padre} & \text{Deseo de la madre} & \\
 \hline
 \text{Deseo de la madre} & \text{Significado al sujeto} & \longrightarrow \text{Nombre-del-Padre} \left(\begin{array}{c} A \\ \hline \text{Falo} \end{array} \right) \begin{array}{c} A \\ \hline -\phi \end{array}
 \end{array}$$

La fórmula de la metáfora paterna dice que sin el significante Nombre-del-Padre la pregunta por el deseo de la madre queda sin respuesta en el sujeto, pues lo único que *la madre* puede querer de él como Otro primordial es el apego, *el todo* con ella para colmarla y colmarse, es decir, renunciar a cualquier otro destino y saturar el goce mortífero. En cambio el padre, como significante que hace sustitución, instaura variedad y serialidad de respuestas a la falta de la madre y del Otro y, fundamentalmente, posibilita al sujeto un destino sexuado y la alternativa de responder al deseo del Otro (A) con señuelos (-φ) y no con el “¡presente!”, que deja al sujeto enclaustrado y a merced del goce del Otro. De modo que, el saber no sabido del inconsciente implica responder con señuelos (-φ) porque hay pérdida de goce; en suma, porque hay castración.

Cabe aclarar, en lo que hace a la manera en que presentamos la segunda alternativa de resolución de la metáfora paterna como tachadura del Otro (A) y negativización del falo (-φ), que es el modo de pensar, ya desde los seminarios v y vi, los caminos abiertos por

Lacan y arribar al pasaje del singular Nombre-del-Padre a su pluralización Los Nombres-del-Padre (clase única del seminario interrumpido *Los Nombres del Padre* del 20-11-1963). Porque si son múltiples las respuestas posibles a la inconsistencia del Otro, el padre como significante que aglutina los significantes, ya sea como punto de almohadillado, el padre como carretera principal, el padre como muerto y como tótem, el padre como anudante del complejo de castración en el Edipo, en suma *el padre como Nombre*, no refiere sino a *una función que rodea a una pluralidad*: el Edipo, el síntoma, la mujer, etcétera, variedades posibles de los Nombres-del-Padre, aun cuando la función padre siga soportando lo fundamental, esto es, brindar al sujeto un significante que cumple la función de soporte aglutinante para responder sobre el deseo del Otro.

La pluralización “los Nombres del Padre” no se podría haber sostenido sin la formulación lógica que Lacan había realizado en el seminario inmediato anterior al interrumpido, esto es, el Seminario x de “La angustia” (1962-1963). Ahí había quedado claro que la angustia emerge donde los recursos del sujeto para contornear al objeto *a* fracasan. ¿Qué son los Nombres-del-Padre sino modos posibles para bordear al objeto *a*, modos posibles para poner límites a la-Cosa que *a-Cosa*?

De esa pluralización de los Nombres-del-Padre me ocupé precisamente en mi tesis posdoctoral (Gerez, s/f) en la que relaciono los mitos de Edipo, tótem y tabú y el sacrificio de Abraham.

A esta altura del recorrido es preciso reconocer que, en cuanto al enigma del padre en psicoanálisis, encontramos diversas respuestas posibles: *artificio, función, lugar, significante aglutinante, metáfora, carretera principal, ley simbólica, respuesta al deseo del Otro, contorno al objeto a*, pero ninguna es una respuesta definitiva ya que ese enigma, como dice Lacan, no es totalmente despejable. Cuando Lacan pregunta “¿Qué es un padre?” desliza lo problemático de la respuesta:

Esta pregunta es una forma de abordar el problema del significante del padre, pero no olvidemos que también se trata de que los sujetos acaben convirtiéndose a su vez en padres. Plantear la pregunta *¿qué es un padre?* es todavía algo distinto que ser uno mismo un padre, acceder a

la posición paterna. Veamos. Si es cierto que para cada hombre el acceso a la posición paterna es toda una búsqueda, no es impensable decirse que en verdad, al fin y al cabo, nadie lo ha sido nunca por entero (Lacan, 1956-1957:207).

Esa enunciación enfatizada por Lacan “*nadie lo ha sido nunca por entero*”, no sólo tranquiliza los desesperados esfuerzos por ser *todo-padre* en el que se empeñan obsesivamente algunos sujetos, sino que reafirma que la inconsistencia del Otro hace imposible *serlo todo*. Sin embargo, hoy, en los inicios del nuevo milenio y ante la vertiginosa caída de emblemas e ideologías –la película *Goodbye Lenin* es un ejemplo maravilloso de esto–, no dejamos de insistir: si bien toda la función del padre no puede sostenerse, como anudante del sujeto a la ley es condición y posibilidad del destino deseante del sujeto.

La ley que se sostiene en las variaciones posibles de los Nombres del Padre puede poner coto al asedio incansable del goce del Otro que, bajo las formas más monstruosas del sacrificio amenazan, en este inicio del siglo, con la desaparición del sujeto –intento de objetivarlo–. Se trata entonces de poder anudar la función de los Nombres del Padre con la subjetividad, algo que pende del campo de la palabra donada más allá de las donaciones que puedan practicarse en los laboratorios tecnocientíficos.

Enigmas del padre, nuevas técnicas de reproducción y subjetividad

¿Qué nos plantea ante todo esto la clínica psicoanalítica que practicamos? El sujeto del psicoanálisis no es ajeno a los avatares que proponen los nuevos tiempos de la ciencia y las tecnologías. Las nuevas técnicas reproductivas (NTR) ya han atravesado nuestra subjetividad y así como nuestros pacientes llegan para anunciarnos que van a hacerse un *lifting*, que van a agrandar o achicar sus pechos o glúteos, también algunas mujeres nos comunican que se harán inseminar y algunos hombres que “alquilarán un útero”. ¿Qué podemos hacer nosotros? escuchar al sujeto de la enunciación, escuchar cómo se despliega el

deseo o el goce en torno del hijo e indagar cómo ha de producirse la nominación, la sanción del nombre del padre. Sin duda que vamos a encontrarnos con disímiles situaciones y a cada una habrá que otorgarle su valor de singularidad luchando contra la resistencia del analista de pretender normativizar el enigma del padre.

Sabemos que a partir de 1950 –llevamos más de medio siglo en esto– comenzó a experimentarse con la técnica que logra congelar el semen masculino para el “engendramiento” artificial de un hijo. Conviene destacar por todo lo que desarrollamos antes que tal engendramiento vinculado a la procreación masculina –disyunto de la sexualidad– no puede confundirse nunca con el acto simbólico de la función paterna que otorga –desde la palabra del padre– filiación y genealogía, lo que implica la capacidad de recibir un legado para que la subjetividad de un hijo pueda historizarse.

Tanto la Técnica Artificial Intraconyugal (IAC), como la Inseminación artificial con donantes (IAD) que diversificó la Asistencia Médica a la Procreación (AMP) y es también conocida como Procreación Artificial con Donante (PAD), o la Fecundación *in Vitro* con Transplante (FIVET), hacen posible hoy la fecundación y la reproducción artificial.

Pero es preciso reiterar nuestra pregunta inicial: ¿el padre, su función, puede quedar reducida a un poco de semen, a un simple gameto masculino? Por todo lo expuesto decimos que no. Lo problemático de la paternidad no se determina por técnicas biológicas o biotecnológicas, sino que se establece en referencia al don de la palabra que puede crear un pacto que atraviese las generaciones. Es ahí donde la inscripción simbólica de los Nombres del Padre puede o no inscribirse.

Viñeta clínica: “¿qué padre?”

Recibo a un matrimonio en la consulta derivado por el ginecólogo de la señora. Insisten en ser recibidos los dos, vamos a llamarles Juan y Rosa. Ambos tienen alrededor de 50 años. Enuncian que “quieren tener un hijo”. Precisan una madre que done sus ovocitos (lo cual

provoca el rechazo de Rosa, pues considera que no será hijo de su sangre ni de la sangre de su padre); precisan, además, un padre que done la esperma. Juan está de acuerdo con esto, se muestra anhelante de un hijo. El conflicto se presenta cuando plantean su forma de vida: se casaron hace unos diez años, trabajan en el negocio que Rosa tiene instalado en la casa de sus padres. Rosa afirma que el negocio es totalmente de ella, el marido viene a ser su “ayudante”. Juan responde con un ambiguo gesto de resignación ante esto y comenta: “No vamos a discutir eso ahora, estamos aquí porque queremos tener un hijo”.

Hay un detalle más que importante: a la casa del matrimonio ella va solamente a dormir, nunca dejó ahí ni un calzón ni un cepillo de dientes. En suma, nunca se fue de la casa paterna a la cual está aferrada muy gozosamente; tanto a la casa paterna como a su venerado padre.

Luego de esa primera entrevista ella pide seguir viniendo. Juan considera que debe “cederle el lugar” nuevamente; a pesar de su marcado anhelo por un hijo no deja de comportarse como “el ayudante”. Poco a poco Rosa relata su plan: aceptar, a pesar de su rechazo, que una madre done el ovocito, aceptar el semen del donador, hacer todos los trámites legales para tal empresa con Juan, pero... embarazarse y luego demostrar por medio de un ADN que su marido no es el padre del niño, lograr el divorcio y vivir con el niño en casa de sus padres: su padre criaría al niño, le dejaría toda la herencia y el chico viviría según el modelo de sus padres y no de “ese extraño” con el cual ella nunca disfrutó ni siquiera una vez del encuentro sexual. La pregunta surge inmediatamente, ¿cuál es el padre para ese niño?: el biológico que dona el semen, el jurídico que tramita los pasos de la reproducción, la procreación y que donará su apellido y nombre, o el abuelo que convivirá con el niño, el que por otra parte, le está “regalado” o más bien, es preciso decir, “sacrificado” a él.

Ardua la tarea de pensar en la función del padre en el caso que el proyectado niño llegara a nacer. Pero es preciso aquí volver a prestar atención al plan de Rosa, la madre. ¿Qué hace el analista ante una demanda como la propuesta por Rosa? Por suerte como “los no incautos yerran” al decir de Lacan, puesto a parlotear el inconsciente

deslizó un *lapsus*: “no sé si es lícito que este hijo sea hijo de tal *fraude*” (puesto *fraude* en el lugar de “*padre*”). Se abría desde ahí un espacio para que Rosa interrogara su deseo de ser madre, como también vislumbrara su goce en relación con su idealizado padre.

Así, entonces, no bastan las nuevas tecnologías reproductivas, es preciso contar con el deseo y la demanda de aquellos que pretenden un hijo, ponerlos a hablar es la cuestión. Como puede leerse desde el fragmento clínico que presentamos, la cuestión del padre no se resuelve en el laboratorio, es preciso que la palabra del sujeto diga los avatares del padre.

Bibliografía

- Braunstein, Néstor, *Por el camino de Freud*, México, Siglo XXI Editores, 2001.
- Freud, Sigmund (1895), “Proyecto de psicología para neurólogos”, *Obras Completas*, t. I, Buenos Aires, Amorrortu, 1982.
- Gerez, Ambertín, Marta, “Sacrificio y paradojas de los nombres del padre”, tesis de posdoctorado, Pontificia Universidad Católica de San Pablo, Brasil, s/f.
- Lacan, Jacques (1955-1956), *Las psicosis*, Seminario III, Barcelona, Paidós, 1984.
- _____, (1956-1957), *La relación de objeto*, Seminario IV, Barcelona, Paidós, 1994.
- _____, (1958), *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, en Escritos II, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1985.
- _____, (16 de junio de 1971), Seminario XVIII, inédito.
- _____, (septiembre de 1974), *El despertar de la primavera*, Intervenciones y Textos II, Buenos Aires, Manantial, 1988.
- Lipovich, Pedro, “El verdadero padre”, *Página 12*, Argentina, 27 de junio de 2004.